

estudio muy estimulante y aleccionador de cómo los mecanismos culturales y

políticos provocan la segregación duradera de las sociedades.

Eduardo González Calleja

Universidad Carlos III

SAGUER, Enric (coord.): **El últims hereus. Historia oral dels propietaris rurals gironins, 1930-2000**. Barcelona, Generalitat de Catalunya. Departament de Cultura, 2005, 466 págs., ISBN 84-393-67767.

Si la investigación etnográfica y antropológica en el ámbito rural se ha dedicado frecuentemente a reconstruir *el mundo que hemos perdido*, en el libro coordinado por E. Sauer se busca estudiar su proceso de descomposición: historiadores que conocen bien las posibilidades y límites de los archivos se enfrentan ahora al método de la historia oral para ir del presente hacia el pasado. Sabedores de que la memoria es menos un mecanismo de registro que un mecanismo selectivo, como advierte Hobsbawm, aceptan el carácter inevitablemente parcial y subjetivo de los informantes, es decir, toman como punto de partida no tanto la reconstrucción de un acontecimiento concreto como la trayectoria vital del entrevistado. Sin embargo, por mucha subjetividad y desmemoria de los treinta y cinco informantes en casi cien horas de grabación, la pretensión expuesta por el coordinador en el capítulo 1 es la de describir también la trayectoria colectiva de los propietarios entrevistados como un proceso histórico real; una pretensión cumplida en buena parte en opinión de quien hace esta reseña.

Rosa Congost y Pere Grife presentan en el capítulo 2 una retrospectiva

histórica de los hacendados como grupo social desde el periodo bajomedieval hasta que se produjeron los primeros indicios de fragilidad de su base económica a fines del siglo XIX. Después de señalar orígenes remensas de los futuros hacendados, se indican los principales aspectos que permitieron la consolidación como señores útiles y propietarios de *masos*. El proceso de ampliación de los patrimonios *pageses* fue respaldado con diversos signos de distinción social propios de una clase rentista y a medida que aumentaba este grupo de propietarios mayor era el número de *masos* que debían ser cultivados por *masovers*. La élite agraria de los que actuaban como cuasiseñores tuvo su edad dorada precisamente cuando Cataluña se industrializaba, periodo compatible con formas de cesión de la tierra muy tradicionales.

En el capítulo tercero, «Ser hereu no es una ganga», Rosa Congost y Joan Fort, exponen algunos aspectos históricos sobre el sistema del *hereu* que se completan con datos valiosos de la dinámica demográfica relativa al grupo de los entrevistados. El grado de cohesión conseguido por los hacendados de Girona, como el de otros grupos hegemónicos en la sociedad del Antiguo

Régimen, resultaría inexplicable sin unas normas en las estrategias de reproducción, por ejemplo, la endogamia social en las alianzas matrimoniales cuya ruptura se constata precisamente en gran parte de los entrevistados; el fin de una época tiene también su reflejo en que la mayoría de los entrevistados no hayan firmado los capítulos matrimoniales. La función clásica del *bereu universal*, como es sabido, era la de continuar y preservar la totalidad del patrimonio heredado en unas solas manos, un sistema nada igualitario que obligaba a diversas obligaciones (la legítima y otras), que hacían de contrapeso. Las fórmulas de la herencia indivisa y de la sociedad anónima se perfilan para varios de los entrevistados como estrategias alternativas a un sistema secular de sucesión que es considerado ya desfasado.

El cuarto capítulo a cargo del coordinador, uno de los más amplios, analiza la gestión del patrimonio y las actitudes económicas de los propietarios. La literatura contra el rentista de la tierra ha gozado de gran influencia, como poco desde los tiempos de Adam Smith, extendiéndose como es sabido a interpretaciones historiográficas más o menos convencionales. La idea de los entrevistadores ha sido indagar, sobre la gestión de las fincas y la evolución seguida en la administración del patrimonio. Después de explicar la formación del *bereu*, la parte más interesante se encuentra en el análisis de las transformaciones en el régimen de explotación, lo que alguno de los entrevistados ha llamado la «revolución burguesa»: sustituir la *masovería* por un régimen de explotación directa con trabajadores asalariados, cambiando los métodos contables tradicionales por una contabi-

lidad empresarial moderna. El abandono de los *masovers* a partir de los años sesenta habría dado paso a un nuevo tipo de *masovería*. Es interesante para el historiador comprobar cómo la crisis en la oferta de *masovers* ha orientado los cambios en el sentido de suavizar las obligaciones exigidas al *masover*, de concederle mayor protagonismo y de aumentar la participación financiera del propietario, entre otros cambios. Otras alternativas a esta crisis de oferta de arrendatarios van desde la de seguir la explotación directa, aunque sea temporalmente, ayudados por la tractorización, hasta la conversión del hacendado en empresario agrario y forestal o ganadero (en función de las variaciones de los precios relativos cereal-carne), pasando por la opción por la mecanización intensiva o el retorno a la renta de la tierra, acogiéndose al tan denostado modelo de arrendamiento castellano. Respecto a los cambios en la gestión, E. Saguer expone lo que ha ocurrido con la adopción de los nuevos sistemas contables, la sustitución del administrador por la gestoría o la aparición de nuevas formas de organización patrimonial (sociedades anónimas) debido al retroceso de la figura del *bereu universal*.

En el capítulo 5, «La evolución de las relaciones socioeconómicas con la fuerza de trabajo agrícola», Marc Auladell, Josep Colls y Sebastián Villalón analizan con detalle las tradicionales relaciones con los *masovers*: las modalidades de reclutamiento, su estabilidad, las diversas formas de implicación del propietario, el control de la vida privada de la familia del *masover* o la conflictividad. Desde hace tiempo, aunque sólo fuera por las investigaciones del conflicto *rabassaire*, había perdido consistencia

la mirada optimista e interesada del pairalismo como un oasis de paz donde estarían generalizadas las oportunidades de movilidad social ascendente. No sabemos si por influencia de la autocensura o por la propia dependencia de la muestra, tanto la intensidad como la frecuencia de los conflictos resultaron escasas en un periodo tan agitado como el de 1931-39: por lo general, los *masovers* habrían hecho causa común con los hacendados en contra de lo previsto por el análisis de D. Ricardo, aspecto, sin embargo, que conviene contrastar o complementar con lo expuesto en el capítulo 7. Se pasa revista también a la otra fuerza estable de trabajo, como la de mozos y criados y la que estaba sujeta a mayor temporalidad como la de los jornaleros. Igual que se ha hecho con los *masovers*, se analizan también los cambios ocurridos a partir de los años sesenta en ambos colectivos, destacando en el caso de los asalariados la ampliación de su radio de contratación, desde las zonas de tradición corchera española a la inmigración extracomunitaria.

En el capítulo 6 Mónica Bosch y J. M^a Puigvert analizan en primer lugar cuáles fueron los ámbitos de relación social en los que los grandes propietarios gerundenses se autoafirmaron como clase social y desde cuándo se fue diluyendo la conciencia de un grupo que antes se identificaba integrado por hacendados, amos o señores y ahora por empresarios, propietarios y ciudadanos. Un recorrido impresionista por las formas de sociabilidad formal e informal cumple el objetivo propuesto y no se puede negar ambición al empeño, pues se detallan las relaciones familiares, los estudios, el tiempo libre, el mercado y también los ámbitos formales de rela-

ción: las asociaciones culturales, deportivas, religiosas, filantrópicas, políticas, etc. Posiblemente una de las formas de ilustrar la difuminación de una conciencia de clase sea la de constatar la escasa significación concedida a ser socio del casino o del IACSI (*Institut Agrari Català de Sant Isidre*), célebre por liderar en la Segunda República la oposición contra la Ley de Contratos de cultivo, frente a la importancia que reviste el *Consorci Forestal de Catalunya* o el *Centre de la Propietat Forestal*. El segundo aspecto estudiado en el capítulo se centra en la otra cara de las interrelaciones sociales, las que tienen a la Iglesia como variable integradora. He aquí un buen ejemplo de cómo el ámbito religioso superaba con creces el del precepto dominical o el del bautismo, pues hay que tener en cuenta, aparte de la conocida vía de promoción social para los segundones de la familia, el papel de la educación controlada por las órdenes religiosas (a cuya financiación colaboraron los hacendados), la influencia en la religiosidad doméstica en las normas de conducta o la consolidación del prestigio social por la preeminencia religiosa (los bancos en las iglesias) que disfrutaban los hacendados.

En el último capítulo, «Intermediación y actitudes políticas» a cargo de J. M^a Barris y Antoni Reyes, se estudia la evolución del poder político de este grupo de propietarios agrícolas durante la Restauración, los años de la República y la Guerra Civil, el franquismo y la democracia. En el primer periodo, cuando «*El Senyoret era el Senyoret*», se constata la adscripción mayoritaria del grupo a *La Lliga Regionalista* de Cambó, identificada con «el movimiento catalanista», a donde había ido a parar algún

partidario del carlismo, y se da cuenta del modo en que este grupo hegemónico hace gala del «capital simbólico» (Bourdieu) representado por su precocidad en la adopción de innovaciones y cómo establece contactos claves para la intermediación política, actuando como un cacique cuando llegan las elecciones. En el apartado dedicado a los años treinta —«*uns anys molt punyeteros*»— resultan muy llamativos los testimonios dedicados a la guerra civil, «*aquella becatombe*», tan difícil de asimilar por los representantes de un grupo hegemónico afectado muy directamente por la violencia y por el exilio. Frente al tópico del pairalismo, ahora «*tots el masovers eran rojos*», juicio de un informante que no es posible generalizar. En todo caso está muy claro a qué carta jugaron los hacendados de Girona de modo que la guerra actuó como elemento cohesionador, mientras que su implicación en la administración del franquismo, la conciencia de volver a ser «*els amos de la situació*», obliga a dudar de que fueran los hacendados los que perdieran la paz. Finalmente, se da cuenta de que CIU y PP se reparten hoy la clara mayoría de las preferencias políticas.

El libro concluye con un breve epílogo «*El fills treballen d'una altra cosa*» de Joaquim Alvarado, quien da cuenta de la situación en la que la agricultura ha pasado a tener un papel marginal y los hacendados son unos ciudadanos normales sin distintivo especial por el hecho de seguir siendo grandes propietarios. Éstos, por otra parte, aceptan la situación con más aires de conformismo que de dramatismo o añoranza por un pasado feliz.

Con esta monografía de historia oral —desarrollada dentro del Inventario del Patrimonio Etnológico de

Cataluña que lleva a término el Centro de Promoción de la Cultura Popular y Tradicional Catalana— se quiere contestar a la pregunta de cómo han evolucionado las familias propietarias y el sistema institucional en el que se había basado su reproducción económica y social. Los aspectos principales desarrollados en las entrevistas sirven para comparar y completar lo establecido por la historiografía catalana en torno al sistema de sucesión, la gestión del patrimonio, los ámbitos de relación social y las actitudes políticas. Este libro interesa a alguien más que a los historiadores agrarios de Cataluña; la frescura de los testimonios recogidos —incluida la socarronería al estilo de J. Pla a quien se cita más de una vez— permite estudiar el conocido capítulo de la crisis de la agricultura tradicional desde caminos no siempre transitados, a pesar de la abundante bibliografía sobre ese periodo; además, el ámbito cronológico escogido, posibilita una perspectiva no habitual en este tipo de estudios como es el que va de las tensiones de los años 30 a los problemas planteados por la política agraria comunitaria hoy mismo. Con su lectura se entiende bien la lógica económica que reside en los distintos sistemas de explotación de la tierra, sujetos a tantas variaciones en el último medio siglo, pero también los aspectos relativos al conformismo político de las elites agrarias y, en definitiva, es una monografía que facilitará estudios comparativos de historia contemporánea.

Posiblemente un mayor recurso al método comparativo habría servido para precisar mejor lo que de singular tienen o no opciones y actitudes de aquellos hacendados respecto al de otras elites; también habría sido deseable conocer

algún grado de representatividad de la muestra de los entrevistados, respecto al número de grandes propietarios o de la superficie que éstos poseen. Nadie se enfrenta a una investigación libre de juicios de valor; en esta monografía, donde los historiadores hacen de sociólogos, por decirlo de algún modo, hay por otra parte opiniones más o menos establecidas, por ejemplo, respecto al significado de la Guerra Civil y el franquismo en Cataluña. ¿Ganaron la guerra y perdieron la paz? No creo que los hacendados del Ampurdán o de la Selva fueran menos ganadores de la paz que los grandes ganaderos salmantinos, pongo por caso; de tener que hablar de perdedores, parece que habría que hacerlo de otros segmentos sociales. La gran movilidad de la propiedad agraria de otras zonas contrasta con la gran estabilidad patrimonial de los afectados; como apunta el coordinador, la impresión es que la gran propiedad territorial consolidada con la reforma agraria liberal del siglo XIX está

mucho más presente de lo que pudiera dar a entender la pérdida de prestigio e influencia social de los propietarios. Una última observación respecto al declive del rentismo; la opción de varios hacendados por el arrendamiento de tierras por una cantidad fija, el arriendo de los cotos de caza, el alquiler de diversos servicios que ofrece la masía, en aumento a medida que crece el turismo, hacen pensar que aquel declive haya que limitarlo tan sólo a la vieja forma de cesión de la tierra al *masover*. Seguir viviendo de rentas no es atributo del pasado.

Por si hubiera alguna duda, quiero terminar la reseña precisando que este libro, nada prescindible, no es ejemplo de historia complaciente desde arriba por hablar de las elites; ninguno de sus autores sufre del síndrome de Estocolmo, como creo se desprende de esta reseña. Para ratificarlo me remito a la orientación y el dinamismo de la *Associació d'Historia Rural de les Comarques Gironines* a la que pertenecen los autores.

Ricardo Robledo Hernández

Universidad de Salamanca